

por la relativa tranquilidad de que cada cual disfruta sin impedir la labor de los otros. He aquí a los sucesores de don Justo A. Facio en las futuras lides por la cultura del país; cuando más tarde se haga el recuento histórico de nuestros prohombres, después de Mauro Fernández y de Justo A. Facio, deberá hablarse rigurosamente de estas dos grandes personalidades de la época presente: Roberto Brenes Mesén y Joaquín García Monge, a quienes el país debe el no haberse quedado medio siglo atrás en materias educacionales. ¿Y qué es lo que ha hecho don Justo respecto a estos hombres que volvieron de Chile cargados de ideales y dispuestos a la lid gallardamente? ¿Hubieran podido estos dos *leaders* de nuestra cultura ponerse frente a frente con los dueños de la situación en Costa Rica, siendo ellos tan jóvenes, y, naturalmente, faltándoles conocimientos técnicos que sólo en la práctica podían adquirir? Cuando ellos regresaron al país don Justo estaba todavía en el Ministerio de Instrucción Pública. ¿Y qué hizo el Ministro de Instrucción Pública, consciente de la situación del país y de las fuerzas con que el país contaba? Lo que entonces hiciera es digno de un hombre inteligente y de un luchador vigoroso; trajo de Chile a uno de los más reputados profesores y lo puso al frente de la primera institución pedagógica del país; y cuando el señor Salinas llegó a la Dirección del Liceo de Costa Rica mediante contrato por cinco años, traía entre sus profesores a Roberto Brenes Mesén y don Joaquín García Monge. Don Justo comprendió claramente que estos eran los valores que el país necesitaba, y poco a poco fué compartiendo con ellos el dominio de la situación hasta hacerlos sentirse, años más tarde, dueños de ella.

Nadie, pues, más autorizado que don Justo para hablar de los problemas pedagógicos que han agitado al país, para referirse, pues, a «la lucha por la cultura». Aparece este libro interesante en uno de esos momentos en que la política localista, secundaria de los países, llegaba en el nuestro a una situación definitiva de vida o muerte para intereses creados de trascendencia interna y externa. La última campaña política, aún no solucionada de manera absoluta, ha sido una lucha definitiva, en el sentir general, entre las dos grandes agrupaciones que han reñido siempre el Poder; alguno de los cronistas, en un arrebatado de apasionamiento, exclamaba que era la lucha entre la oligarquía y la república, en todas sus manifestaciones y consecuencias. Despertábase, desde luego, la cuestión pedagógica; y, de esta vez, con más igualdad de fuerzas en-

tre ambas partes. Uno de los más visibles efectos de la reforma educacional implantada en el país por Brenes Mesén y García Monge es la alta dignidad que reviste hoy al magisterio; antes el maestro era un ser de ninguna representación social ni intelectual; era un ser secundario, menos todavía, era sencillamente, al tenor del proverbio, «un muerto de hambre»; hoy el maestro es una de las figuras más estimables de la colectividad, un valor reconocido; los maestros vienen formando ya una fuerza poderosa dentro de la nación. En la última campaña política el maestro ha intervenido activamente ocupando la tribuna y la prensa; defendía sus propios, sus sagrados intereses; feliz el pueblo en donde las campañas políticas se libren por los intelectuales. Ha faltado una cosa a los maestros en esta campaña

política: apoderarse, no sólo de la tribuna y de la prensa, sino también del *gabinete*, y regir sus resoluciones; quédese eso para futuras campañas. Don Justo no ha querido contentarse con intervenir en la política como los demás; era necesario algo especial para su condición de director de jóvenes y de paladín de nuestra cultura, y nos ha hecho un gran regalo con su libro.

No he querido referirme a la segunda obra del maestro; Carlos Luis Sáenz me ha dicho que desea hacerlo. Me ha parecido bueno hacer estas observaciones, adelantar estos apuntes sobre los hechos que tiene a la vista la juventud de Costa Rica y que llenan la atención de una de mis obras más detenidas.

RAFAEL ESTRADA

San José de Costa Rica, 1924.

Emilia Bernal



como la llaga
del costado derecho
de Jesucristo,
y acábese mi vida
en un suspiro, suavemente,
mientras que, floreciente,
a la albura del pecho
mi corazón deshecho
emerja, entre los bordes sangrientos de la
[herida!]

Si nos atreviésemos, calificaríamos a esta actitud de coqueteo con el dolor. Aún queda, y se ve brotar a través del libro a cada página, algo de romanticismo orgulloso de serlo en el libro de esta mujer. Hay dos romanticismos: uno que echa por delante el *yo*, sin pensar que lo sea; romanticismo de la confesión, del grito. El otro va creando un mundo poético todo él de fantasmas que llevan prendida la sombra del *yo*. A éste corresponde la poesía de Emilia Bernal. Su auto-análisis, como se ve por la composición transcrita, no llega a ser desgarrador. «Cree» estar herida, y va estudiando los síntomas que conviertan la presunción en certidumbre. ¡Oh, si fuese verdad, y esa herida le causara la muerte, en el soñado delirio de amores!

Otras veces, cuando el verso se convierte en mera evocación lírica, sin verbos, como en *La letanía de la nieve*, logra ir tallando, en menudas facetas, una clara imagen.

Sus ritmos, en ocasiones variados según ciertas leyes que pueden aparecer caprichosas, tienen la suficiente fluidez y dulzura, «cantan» lo bastante para que esta cualidad valga la pena de ser citada entre las cardinales de su poesía. (Rechacemos, en cambio, rimas tan falsas y presuntuosas como la de *en y Choptín*, la de *Rodin con ademán*).

E. Díez-Canedo.

(España, Madrid).

EN *Como los pájaros!* (San José de Costa Rica, «El Convivio», 1922), la poetisa cubana Emilia Bernal muestra un suave temperamento poético, con un fondo de amargura que se endulza para volverse canción.

En este sentido es sobremanera revelador *El madrigal de la herida*. Herida, sí; pero también madrigal. Es una de las mejores poesías del libro:

Debo de estar herida
de la vida
en el fondo.
Lo creo, porque cuando
los suspiros, volando
desde lo hondo,
cruzan por mi garganta,
la boca se me llena
de gusto a sangre. ¡Pena
santa
de mi herida
escondida,
abierta con la daga
de lo imprevisto,
revienta a ras del pecho